

En 1934 cumplió 21 años y la situación familiar era desesperada. El pueblo se le quedaba pequeño y ella era la mayor de cuatro hermanos. Su padre les dejó demasiado pronto y de vivir enseñando a tocar el piano, pasó a sufrir penurias de todo tipo.

Decidió irse a Madrid para buscarse la vida, en contra de la voluntad de la familia.

Entró a trabajar en una sombrerería, esperando tiempos mejores. Vivía en casa de unos parientes que la acogieron a cambio de ayudar en los trabajos domésticos. Su sueldo no le daba para instalarse por su cuenta, así que antes de entrar en la tienda dejaba la casa impecable. Para poco le servían los años dedicados al piano y los estudios, estaba a punto de entrar en la universidad, cuando falleció su padre de una enfermedad, en aquellos tiempos, incurable.

Era una joven instruida y bastante atractiva. En la tienda, los caballeros preferían su atención y enseguida aprendió a sonreír. Uno de ellos le propuso una cita. En el pueblo, había tonteado con sus compañeros de estudios, pero ninguno le había pedido una cita. Tuvo dudas, pero aceptó. Quedaron en verse el domingo, en la puerta del Palacio de Cristal, en el Retiro, a las seis de la tarde.

Pasó ensimismada la mayor parte de la semana. En casa, recibió algún rapapolvo por no dejar las toallas colocadas en su sitio. También en la tienda, su jefe tuvo que decirle, más de una vez, que bajara de las nubes... y así llegó el domingo.

Por la mañana buscó su mejor vestido, no había mucho donde elegir, pero le gustó uno de falda plisada. Lo colocó encima de la cama. Sacó del cajón de la mesilla las únicas medias de seda que tenía y limpió sus pequeños zapatos negros de charol.

Después de fregar los platos de la comida y ordenar la cocina, se metió en su habitación. Buscó en el neceser las pinzas de depilar. Fue quitándose los pelillos de las cejas, del labio superior y por último de las piernas. Aún quedaban casi dos horas para la cita. Se probó el vestido, y, al mirarse en el espejo del armario, sintió pánico y se lo quitó.

Había pasado toda la semana intentando recordar la cara del caballero; ni siquiera sabía su nombre. Ella si le dijo el suyo, pero él solo contestó que la esperaría en la puerta del palacio a las seis. Empezó a dudar. Si no se acordaba de su cara, cómo iba a saber que era él.

Se sentó en la silla. Los nervios la tenían en tensión. Deseaba ponerse guapa, salir de paseo, conocer la ciudad, ver los monumentos, charlar, y tal vez comenzar una relación. Ya había cumplido 21 y se sentía mayor de edad. Además podía gastar un poco del dinero que no mandaba a casa; era escaso pero suficiente para tomar un chocolate con churros.

Casi a las cinco y media, cogió con sumo cuidado las medias, las ajustó a los ligeros, se puso el vestido, se calzó los zapatos, se pintó los labios de rojo, se atusó el pelo y se miró al espejo. Estaba guapa de verdad. Sus ojos azules brillaron de deseos escondidos y una leve sonrisa iluminó su cara. Agarró el bolso y volvió a mirarse. Una sombra de duda surco su frente.

Decidió salir de casa, pero no tomó la dirección prevista. Sus pasos la dirigieron al paseo del Prado, deambuló por la cuesta Moyano, evitando acercarse al Retiro.

Tuvo miedo.

Pensó que el caballero volvería a la sombrerería... no fue así. Pasó el tiempo y la esperanza se fue disolviendo en la rutina.

Las turbulencias de aquellos años la devolvieron al pueblo. Allí la vida se le hacía insufrible y decidió recluírse en un convento. Las monjas la aceptaron por sus conocimientos. Tocaba el piano y había estudiado. Era una joven ilustrada para la época, pero pobre. No llevó dote y la marginación claustral la atormentó desde el primer día.

Colgó los hábitos en plena guerra civil. Nunca olvidó aquella cita del Retiro madrileño.

Su vida hubiera sido otra, seguramente. Tal vez se arrepintió alguna vez, pero nunca lo dijo.

En los años cincuenta, trabajaba en el hospital de la Princesa en Madrid, ayudaba eficazmente en el quirófano, era una experta en las operaciones cardiológicas. Los cirujanos se la rifaban, no solo por su profesionalidad sino por el cariño con el que trataba tanto a los enfermos, como a sus compañeros.

Aquella mañana apareció preocupada; la primera operación fue pura rutina, siguieron otras dos y ya casi a la hora del descanso, cuando todos estaban agotados, llegó el último enfermo.

No se fijó en su cara. Colocó el instrumental cuidadosamente y al ponerle la mascarilla, se sobresaltó. No podía creerlo; allí estaba el cliente de la sombrerería. Después de tantos años volvían a encontrarse.

Nadie notó el nerviosismo de sus manos. La operación se complicó en el último momento. Los cirujanos intentaron contener la hemorragia, mientras sus manos limpiaban la frente del enfermo con suavidad. El electrocardiograma fue bajando hasta convertirse en una línea completamente plana. No pudieron hacer nada por salvarle la vida. Aquella cara que no fue capaz de recordar y que hacía más de 20 años que le proponía una cita para un domingo a las seis de la tarde, en la puerta del Palacio de Cristal, en el Retiro...estaba ante ella.

El cirujano fue a hablar con la familia. Ella recogió el instrumental y limpió, cuidadosamente, el cadáver, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

— ¿Por qué no fue aquella tarde de domingo? —Pensó.

Nunca lo supo.

P. B.